

ANTONIO RUNA

LA CHICA GRIS



minotauro LABERINTO

ANTONIO RUNA

LA CHICA
GRIS

minotauro LABERINTO

La chica gris

© Antonio Runa, 2022

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1475-2

Depósito legal: B. 22.156-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

CAPÍTULO 0

Debería ser el lugar más alejado del Infierno. Una habitación enorme que no hace falta compartir con ningún hermano. Llena de juguetes de todo tipo. Armaduras medievales de plástico, con escudos, espadas y hachas de madera y polipropileno. Una autovía entera con dos raíles para jugar con una escudería completa de coches teledirigidos. Paredes repletas de pósteres de superhombres, naves de combate, robots, marines espaciales, jedís y samuráis en poses épicas. Toda la estancia está ocupada por un auténtico ejército de muñecos de acción. Muñecos futuristas, de fantasía, del salvaje oeste, de la Segunda Guerra Mundial, monstruos horribles a los que los muñecos heroicos deben derrotar una y otra vez, complementos para todas las colecciones, incluyendo un par de fortalezas, monturas extraterrestres y varios vehículos de tierra. Sin duda, si hay un infierno, está en las antípodas de este recinto de ingenua felicidad. Porque para un niño de seis años, esto es el cielo.

El pequeño Saúl tiene seis años. Su amiguito no debería regalarle juguete alguno, los padres de Saúl se encargan de satisfacer todos sus deseos. Aun así, le ha traído un nuevo ejemplar de colección.

—¿Es Shuriken?

Saúl no necesita respuesta. Sabe que lo es. El inconfundible ninja del siglo XXIII que viaja por el tiempo y el espacio. Posiblemente, el personaje más carismático de la Facción Zero de Tierra YB. Un guerrero imbatible.

—Sabía que te gustaría.

—No deberías haberte molestado. Ya tengo su versión Amazing.

En realidad, Amazing ni siquiera es una marca. En el sentido estricto de la definición, es una colección no oficial que se vende exclusivamente en AliExpress, y que imita (bastante aceptablemente) toda forma de *merchandising* de franquicias de éxito. No siempre los resultados son aparentes, pero en ocasiones, y Shuriken es una de ellas, estos artistas chinos de la copia barata logran un producto que puede pasar por un muñeco oficial a precios muy inferiores.

Pero Saúl sabe (y los padres pueden no saber, o no querer aprender, la diferencia entre un muñeco de verdad y una buena copia) que el Shuriken que ha tenido todo este tiempo no es Shuriken.

Este lo es.

—¿Tampoco has traído la caja esta vez? —pregunta Saúl, aunque no es que le importe demasiado. Al final, tras conservarlas durante unos días, tira a la basura todas las cajas de sus juguetes. Su afán coleccionista no llega al nivel de plantearse dejar el producto dentro del embalaje original. Las estanterías son para los libros. Los juguetes son para jugar.

—Me cuesta mucho conseguirlos con la caja —dice Maxi.

—Bueno, no importa. Es genial.

Saúl se pone a moverlo de aquí para allá, como si el personaje pudiera volar, aunque conoce de sobra todos sus poderes y técnicas secretas, y el vuelo no es una de sus potencialidades. En sus brazaletes, el ninja de plástico incluye varias armas arrojadas, pero la joya de la corona es la espada que lleva envainada a su espalda.

Al desenfundarla con cuidado, ve que esa parte del juguete está perfecta. Como si nunca nadie la hubiera extraído de su vaina.

—¡Es genial! —dice—. La katana de filo autorreparable.

—Es un *ninjatō*.

—¿Cómo?

Su amiguito se levanta de la cama y se acerca a Saúl. Le quita el muñeco de las manos y le coloca él mismo la espada en sus manos articuladas.

—Tiene la hoja recta, negra y es más corta que las espadas samuráis. Es un *ninjatō*.

—Ya lo sé.

No es realmente así. En la versión de la serie animada que él puede ver por televisión, el doblaje ha cometido un error de adaptación. El término *ninjatō* no ha sido pronunciado por los actores de doblaje ni una sola vez. En la versión original japonesa, en cambio, la palabra exacta era esa: *ninjatō* de filo autorreparable.

Entonces se masca una pequeña tragedia. Saúl acaba de hacer un descubrimiento poco agradable.

—El tobillo izquierdo —dice—. Está estropeado.

—¿Estás seguro?

—Sí, mira. —Le señala con el dedo la articulación y, en efecto, presenta un problema de exceso de holgura. El muñeco no se sostendrá en pie—. Pero no pasa nada. Nunca los dejo en pie mucho tiempo, siempre juego con uno en cada mano.

—Maldita sea, Saúl. Te conseguiré otro. Estará mejor.

—No, en serio. Es perfecto. Me encanta. Mi primer Shuriken de verdad. «Ahora por fin se descubrirá —abre los ojos al máximo mientras amplía su tono grave de narrador televisivo— el verdadero secreto del falso Shuriken, el hermano bastardo del genuino Shuriken, será desvelado.»

Maxi se asoma a la ventana. En la casa de enfrente vive una joven adolescente que suele cambiarse de ropa sin molestarse en echar cortinas o bajar persianas. Últimamente ya no lo hace tanto, pero ni Saúl ni su amigo pierden la esperanza de volver a ver algo prohibido, como ya ocurrió dos veces en el pasado. ¡Qué dos veces!

—¿Te gusta de verdad el regalo?

—Sí, es lo mejor que me has traído. Esta vez te has lucido —y se parte de risa. Los dos se ríen, cada uno a su manera.

Saúl vuelve a dejar el *ninjatō* (acaba de descubrir que la palabra le fascina) en la vaina y mira hacia la puerta de su cuarto. La puerta que conduce al pasillo de la segunda planta. Como la habitación está al final de la casa, Saúl puede escuchar los pasos de cualquiera que se acerque a su pequeño templo de fantasía y ciencia ficción. Esto es ideal para esconder debajo de la cama cualquier golosina que no debería estar comiendo, o cualquier jarrón que se haya cargado accidentalmente y esté intentando recomponer con pegamento de contacto, antes de que alguien abra la puerta.

Como dicen en los libros, aunque no sepa con exactitud qué significa: «No hay moros en la costa».

—Ayer mi madre intentó amenazarme.

Maxi, su mejor amigo, el único que ha entrado en aquella habitación, no puede dar crédito. Se aparta de la ventana como si, de repente, las cortinas le quemaran las manos.

—No me lo creo. ¿De veras? No, no es cierto. Dime que no lo es. ¿Sabes que la puedes denunciar?

—No sé si fue una amenaza. Me quiso meter miedo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—No me estaba comiendo el maldito arroz. Odio el arroz. El arroz es lo peor que hay después de las judías verdes.

Maxi se vuelve a la cama de su joven anfitrión y se tira sobre ella con las piernas bien separadas. Como si estuviera en su casa.

A Saúl no le importa el exceso de confianza. Otros niños serían más posesivos con sus cosas.

—¿Has probado ya la coliflor?

—No —confiesa Saúl, pero ya pone una mueca de desagrado solo de imaginarlo.

—Entonces el arroz ocupará el tercer puesto. De hecho, dentro de la comida verde, aún te quedan muchos horrores culinarios por descubrir. La coliflor es lo peor.

—Horrores... ¿culinarios?

—Horrores gastronómicos. Comidas asquerosas.

—Culinario no suena a comida. Y esa otra palabra que has dicho... Oye, a veces hablas como un adulto.

Saúl va a la fortaleza de Pirate Zero y derriba un muñeco que había estado haciendo las veces de comandante, y coloca a Shuriken en su lugar. Hay un nuevo jefe en la ciudad.

—No me estaba comiendo el arroz —continuó—, y entonces me dijo que, si no me comía toda la comida del plato siempre, siempre, siempre, vendría el Hombre del Saco y me comería a mí.

—El hombre del saco. Qué original.

—Antes, cuando era más pequeño, decía el coco. «Haz esto, o haz aquello, o vendrá el coco y te comerá.»

El invitado se incorpora de la cama y se pasa un brazo por detrás de la nuca. Como si estuviera haciendo esos estiramientos que hacen los deportistas. Tiene la capacidad de estirarse bastante.

—¿Sabes lo que es una sandez? Pues eso es lo que dice tu madre. Sandeces.

—¿Seguro?

Saúl ve cómo su amigo se pone justo delante de él, le pisa suavemente la punta de los pies con los suyos y le mira fijamente. Es una mirada que Saúl no puede sostener demasiado tiempo. Siempre ha sido así.

—Yo jamás te comería a ti. —Le guiña un ojo, pero el iris anaranjado sigue brillando tras el párpado que pretende ocultarlo—. No hay muchos más que puedan decirlo.

Saúl quiere dar un paso hacia atrás, pero no puede porque tiene los pies atrapados. Su amigo le agarra de la cintura y se lo acerca con una fuerza incomprensible para su tamaño infantil. Parece como si quisiera ponerse a bailar con él. Pero algo le dice al niño que la intención de su invitado podría ser cualquiera, menos esa. Cuando Maxi sonrío o hace cosas raras, puede dar un poco de miedo. O bastante. Al principio, se lo imaginaba completamente normal. Un niño corriente y moliente. Un amigo imaginario de manual. Pero cada vez que viene a visitarle... tiene peor aspecto.

Saúl está a pocos centímetros de su boca. Esos labios finos y dientes perfectos de Maxi no generan ninguna inquietud, pero su aliento huele como un taller de mecánica.

—¿A quién le quitas los muñecos? —se atreve a preguntar.

Maxi sonríe. Retira las manos de su cintura y deja de pisarle. Como un actor teatral sobreactuado, hace unos cuantos aspavientos por el centro de la habitación y habla con normalidad, aunque su cuerpo parece estar recitando a Shakespeare.

—Los dueños ya no los necesitan, oh, no. No te preocupes por nada, por nada, nunca. Son regalos que te hago. Y no suelo defraudarte.

Aunque jamás ha sacado el tema a colación, Saúl ha tenido desde el principio la certeza de que los muñecos le llegaban usados. Sin desgaste aparente, pero desde luego no eran nuevos. Nunca le importó. A fin de cuentas, ¿qué más da a quién pertenecieran anteriormente? Ahora son suyos. Puede hacer lo que desee con ellos. Maxi dice que los dueños ya no los quieren.

Lo cual es extraño.

—¿Por qué ya no los quieren? Están casi nuevos.

—No he dicho que los anteriores dueños no quisieran sus juguetes. He dicho que no los necesitan. ¿Quién sabe? Quizá sí los quieran, al fin y al cabo. Quizá los echen de menos con todas sus fuerzas.

—No te entiendo.

—Y eso es lo mejor. Somos amigos y nos perdonamos todas nuestras faltas. ¿Verdad que sí? Yo tampoco entiendo muchas cosas que tienen que ver contigo. Pero aquí estamos. Y nos lo pasamos bien. Porque... sigues pasándotelo bien, ¿no?

Eso continúa siendo cierto.

—Sí. —Saúl agacha la cabeza. Su tono se vuelve pesaroso—. No tengo demasiados amigos. No me está siendo fácil adaptarme a este colegio.

—Ningún niño de ese colegio merece tu amistad. Yo sí.

—En Toledo era diferente. Tenía muchos amigos...

—También eran basura, créeme.

—Me aceptaban. Tenía una pandilla. Ahora en cambio...

Maxi camina muy despacio hacia la puerta del cuarto. Se queda justo delante, muy quieto. Contempla la puerta cerrada. Saúl está seguro de que puede ver el pasillo a través de la madera. Se queda quieto como un fotograma de película. El reproductor de Blu-ray congelando la imagen. No es como una persona que se queda quieta. Es una fotografía.

—¿Pasa algo?

—Dime una cosa, Saúl —lo dice sin mover los labios—. ¿Tu hermana te cae bien?

—¿Mi hermana?

—Tu hermana de catorce años.

—¿Ana?

—Tu hermana Ana.

—No sé. Es... mi hermana. Las hermanas no caen bien ni mal. Están ahí, incordiando casi siempre.

Maxi pivota todo su cuerpo para mirarle, con los brazos pegados al torso y los pies girando sobre una plataforma rotatoria invisible. Un niño-bloque, un muñeco de Playmobil gigante virando cuarenta y cinco grados sobre el terreno.

A Saúl no le gusta que haga esos trucos.

Su invitado pone voz de adulto. Es sobrecogedor lo bien que lo hace. Como un auténtico adulto.

—¿Te importaría mucho si le pasara algo? A fin de cuentas, solo es tu media hermana.

Maxi queda oculto por una sombra. No hay ningún objeto tapándole. Sencillamente los haces de luz que entran por la ventana empiezan a iluminarle cada vez menos.

—¿Que le pasara el qué?

—No sé. Una cosa mala. Que se muriera o algo.

—Preferiría que no.

—No te importó mucho con ese mamón de Germán. A ese sí se lo llevó el hombre del saco.

Ahora Maxi está totalmente ensombrecido. Solo esos dos anillos naranjas de los iris destacan en su oscura silueta.

—Es distinto. Germán era un matón. Ahora estamos hablando de mi hermana.

Maxi rompe su quietud para encogerse de hombros. La luz vuelve a reflejarse en él. Es el niño perfectamente normal de siempre. De casi siempre.

—Qué quieres que te diga. Me gusta mucho tu hermana. Está desarrollándose muy bien. Acaba de meterse en albornoz en su cuarto. Creo que se acaba de dar una ducha; tenía el pelo mojado. He pensado que estaría bien quedármela. Espero que disfrutes de tu juguete. ¿Te gustaría que te trajera algo más? Puede que tarde un tiempo en volver.

—No, no quiero nada.

—¿No? ¿Seguro que no te gustaría tener el sable láser de Mace Windu? Creo recordar que lo querías.

—No. Ya me compraron mis padres uno de esos y me lo cargué enseguida. No son para jugar. Menuda tontería.

—De acuerdo. ¿Algún otro niño te ha estado molestando? Un niño que no se come la comida y que debe recibir la visita adecuada...

—No. Estoy bien. Estoy bastante bien. —Justo entonces tiene un arrebato de afecto y se echa encima de su amigo, abrazándole con fuerza—. ¡No me dejes mucho tiempo, por favor! Volverás pronto, ¿verdad? Tú no vas a dejarme.

Maxi le acaricia la cara con una suavidad propia de una madre. Le deposita un beso muy breve en la boca y se retira con una expresión de tierna lástima.

—Ay, socio, muy pronto no me separaré de ti ni un minuto al día. Seremos los mejores amigos del mundo.